

HOMILÍAS Y REFLEXIONES TEOLÓGICAS LA LUZ DE CRISTO ILUMINA A TODOS*

Este sermón tuvo lugar en el marco de una meditación sobre la luz en la sede de la autoridad de las Iglesias Evangélicas Alemanas (EKD).

La Biblia está repleta de palabras relacionadas con la luz, comenzando por “Que sea la luz - y hubo luz” en el relato de la creación, siguiendo por la afirmación de que Dios hace salir su sol sobre justos e injustos, hasta llegar a las palabras de nuestro Señor Jesucristo: “Yo soy la luz del mundo. El que me sigue ya no camina en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida”. También la máxima de este día puede contarse entre ellas: “Envía tu luz y tu verdad para que me guíen hasta tu morada” (Sal 43, 3). Ahora, los organizadores de la III Asamblea Ecueménica Europea hemos escogido un lema relacionado con la luz como tema de la Asamblea: “La luz de Cristo ilumina a todos”.

En todas las frases anteriores el significado que se desprende del término ‘luz’ es distinto. Se refiere tanto a nuestra vida como a nuestra experiencia vital. La luz puede significar algo muy diferente, según se trate de la clara luminosidad de un radiante día de verano que inunda toda la vida de clari-

* Traducción de la lengua alemana al español del Prof. José Ramón Matito Fernández. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

dad, o de la luz de un faro que dibuja una senda para el viaje nocturno en medio de la oscuridad, orientando a la tripulación de los barcos en alta mar; o también puede tratarse de un foco deslumbrante que acompaña al actor sobre el escenario en medio de la penumbra que le rodea. También hoy, aquí, en la capilla, hay dos fuentes de luz distintas: esta vela que hemos encendido para la meditación de la luz hace posible una luz distinta, más cálida que la iluminación eléctrica, sin la cual, no obstante, no podríamos leer los textos de nuestros cancioneros.

¿De qué manera y cómo llega al mundo la luz de Cristo?

En la meditación de la luz dice el Evangelio: “Yo soy la luz del mundo – Vosotros sois la luz del mundo”. Con ello nos referimos a que Cristo es la fuente de nuestra iluminación; su luz llega hasta sus discípulas y discípulos, y ellos reflejan esta luz en el mundo. De esta forma llega la luz de Cristo al mundo, siendo los cristianos los reflectores de su luz. Y allí donde ellos recogen y transmiten la luz es como si un rayo llegase hasta los hombres.

Con el lema “La luz de Cristo ilumina a todos” los organizadores de la III Asamblea Ecu­ménica Europea han pensado aún en otra asociación de ideas. En este evento el mensaje de Cristo sitúa a todo el mundo (o al menos a toda Europa) bajo su luz. Llega a todos. Ilumina todo aquello que reclama la luz, que aspira a ella. Pero también ilumina la injusticia y la opresión, y todo lo que prefiere permanecer oculto en la oscuridad y teme la claridad del día. También todo esto ha de ser descubierto y llegar a ser conocido.

¿Cómo llega al mundo la luz de Cristo?

Precisamente mirando al centro y al este de Europa es esta una pregunta espiritual llena de tensión. Yo creo que entre nosotros, los cristianos y las Iglesias de Europa en general, tenemos distintas ideas sobre la forma en que la luz de Cristo llega al mundo y actúa en él. Unos comprenden la obra luminosa, que es reflejo de la luz de Cristo, como actuación de los cristianos particulares como testigos de su Señor. Otros ven la situación de la sociedad europea (también en el plano social y económico) a la luz del Evangelio, que ilumina a todos y ponen también bajo la luz lo que se prefiere que permanezca en la oscuridad. Los unos quieren dirigir la luz radiante del

faro hacia una u otra temática, que deslumbrase de tal forma que nadie pueda mirar más allá; los otros prefieren congregarse en torno a la vela como una fuente de luz que invita a la meditación y que alegra el corazón y calienta el alma.

¿Cómo llega al mundo la luz de Cristo?

Tengo curiosidad por saber cómo responderán a esta pregunta los que van a reunirse en Hermannstadt /Sibiu. En cualquier caso “La luz de Cristo ilumina a todos” proporciona unas expectativas muy amplias. ¿Podrá responder la Asamblea a ellas? Por otra parte es importante para todos nosotros, para Europa, que no nos repleguemos en nosotros mismos, sino que reflejemos a Cristo y dejemos que nuestra luz alumbrase. ¿Cómo llega al mundo la luz de Cristo? Estoy ansioso por saber cómo responderá a esta pregunta la III Asamblea Ecuménica Europea. Amén.

REINER RINNE, *presidente del Consejo eclesial
Sección Europa, autoridad de la EKD*

¿CUÁNDO COMIENZA EL DÍA?

Un anciano rabino les preguntó una vez a sus discípulos cómo podía determinarse la hora en la que la noche llegaba a su fin y comenzaba el día.

Uno de los alumnos preguntó: “¿Es cuándo puede distinguirse de lejos un perro de una oveja?”. “No”, dijo el rabino.

Otro preguntó: “¿Es cuándo puede distinguirse de lejos una palmera de una higuera?”. “No”, dijo el rabino.

“Pero entonces, ¿cuándo es?”, repusieron los alumnos.

“Es cuando tú miras el rostro de cualquier hombre y ves a tu hermana o a tu hermano. Hasta ese momento la noche sigue aún entre nosotros”.

(Relato rabínico)

TOCAR EL MANTO DE JESÚS

“Se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto”, así se cuenta el relato de la curación de una mujer enferma (Mc 5, 27). Se trata de un apunte curioso del narrador, aparente-

mente superfluo; sin embargo, este detalle tiene la virtud de quedar retenido con facilidad.

La mujer del evangelio permanece en el anonimato. Es una “mujer entre la multitud”. Su situación es habitual: una enfermedad largo tiempo soportada, enfado y frustración con los médicos, y ninguna esperanza en una mejora significativa de su estado. “Había oído hablar de Jesús”. No es gran cosa lo que se dice de ella, nada heroico que contar. Su reacción al “oír” puede encuadrarse en el comportamiento actual: hacer todo lo posible para que el sufrimiento desaparezca.

Pero sí que resulta interesante su expectativa: “Si logro tocar aunque sólo sea sus vestiduras, me salvaré”. Aquí se mueve algo parecido a la magia, la fe en los milagros, que tampoco es extraña a los hombres de hoy. Aquí no puede constatarse una “forma excelsa” de la fe cristiana. Ella se acerca a Jesús “por detrás”; no proclama una confesión de fe en el Mesías. Tampoco se acerca para seguir a Jesús. La historia logra ser escasamente “paradigmática” respecto al “discipulado”. Probablemente los discípulos no habrían dejado que la mujer se acercara a Jesús tras un minucioso examen sobre su “disposición”. La “muchedumbre” fue su salvación.

Desde siempre me llamó la atención este pequeño detalle en este relato de un milagro. El lector del texto bíblico no debería tomarlo a la ligera. Supongo que muchos se encontrarán en la situación de esta mujer. La expresión “tocar el manto de Jesús” puede convertirse en una melodía espiritual “pegadiza” para la espiritualidad cotidiana de los estresados contemporáneos, y en más de un sentido.

Realmente la fe de la mujer sólo es una “esperanza como un grano de mostaza”, como dice un tema cantado frecuentemente por los jóvenes. El mayor impulso para una sublime confesión de fe en Cristo es perdernos a nosotros mismos. La fe de muchos cristianos está repleta de dudas y miedos ante la relativización de la misma. ¿Sigo siendo aún cristiano?, esta es una pregunta que también algunos se hacen en el interior de sí mismos ante su tan “profana” vida diaria. “No tengo fuerzas para un especial deporte religioso de alta competición, pero tocar su manto, ¡eso sí que puedo hacerlo! Sólo que ¿cómo podría acercarme a él?”. Quien pregunta esto ya está cerca de él.

La mayor parte de los roces son fugaces. En la época de los rápidos medios de comunicación la permanencia de un asunto por mucho tiempo no es cosa de todo el mundo. “Pinchar” y “navegar” son palabras clave también para las relaciones interpersonales. Los servicios *online* informan orgullosos sobre la cantidad de veces que son “pinchados” y “demandados”.

¿Podría valer algo así como una “piedad a golpe de ratón” para una espiritualidad en tiempos de escasez? No siempre la duración de un acontecimiento es determinante, con frecuencia es más importante la intensidad. La situación extraordinaria no tiene por qué ser condición previa para una comunicación exitosa, “eficaz”, sino sobre todo la familiaridad del trato cotidiano. Necesitamos formas de piedad que puedan adaptarse a la vida y al trato con los medios de comunicación social. Los habituales “teléfonos móviles”, que últimamente se hacen notar de forma desenfadada en todas las situaciones, posibles e imposibles, son para mí un constante recuerdo para llamar la atención de Dios con un “clic” (antes se decía jaculatoria). Y seguro que la mayor parte de mis contemporáneos tampoco dicen más que “¡hola, estoy aquí!”, cuando telefonan a alguien.

¿No podrían resultar incluso mejor algunos contactos con Dios en el día a día que con la “simple” celebración litúrgica de siempre? Al menos frecuentemente son originales, “auténticos”. Esto no quiere decir que no debería acercarme a Dios también de forma “oficial”. Lo curioso es que la fórmula de despedida “¡Ve en paz!” también fue utilizada por Jesús para aquel encuentro fugaz que tuvo la mujer con él “entre el gentío”; por tanto, no sólo está destinado para los que participan en la eucaristía de la comunidad.

Y, finalmente: quien quiera encontrar a Jesús en medio de la “muchedumbre” de cada día estará más atento a las múltiples formas de presencia del Señor. Los cristianos católicos estamos anclados a la presencia del Señor en la eucaristía. Pero la afirmación de Mateo (Jesús está presente en los “pobres” de todo tipo) es también una referencia válida sobre la presencia de Cristo. Jesús está presente cuando “referendamos” su palabra, porque esta palabra es más que mera información. Se convierte en trato, en contacto que puede transformar.

Y Jesús está presente cuando nos reunimos en su nombre, que es lo que ocurrirá también en la III Asamblea Ecu­ménica Europea de Sibiu. Será un acontecimiento espiritual, porque allí también será posible el contacto con Jesucristo, a través de las hermanas y hermanos con los que allí nos encontraremos.

Obispo JOACHIM WANKE
Diócesis de Erfurt

COMUNIDAD EN CAMINO
UNA REFLEXIÓN SOBRE LUCAS 24

A finales de enero, en Roma, y en el preludio del camino común hacia Sibiu, se hablaba siempre de que nos encontramos en un viaje de peregrinación. Lo mismo expresa también la carta a todos los cristianos de Europa, en cuya reunión fue diseñada. Por tanto, como cristianos, como comunidades cristianas, como Iglesias de Europa, estamos juntos en camino, con la convicción creyente de que “la luz de Cristo ilumina a todos”.

La Sagrada Escritura nos quiere ayudar a comprender más profundamente nuestro camino comunitario con Cristo. Lucas 24, 13-35, el relato sobre los discípulos que se dirigían a Emaús el día de la resurrección de Jesús es, igualmente, la composición de la liturgia eucarística: al comienzo, la consternación y la ceguera de los dos caminantes; después, la llegada del Resucitado, que les explica las Escrituras; finalmente, la parada para comer juntos, “y le reconocieron”.

Por tanto, en primer lugar está el tramo inicial del camino que recorren los discípulos, hablan entre ellos comentando los impactantes sucesos de los últimos días en Jerusalén. Parece ser que vivieron juntos todo aquello, pero no lo creyeron. Estaban ciegos. Incluso oyeron hablar de la tumba vacía y que Jesús vive, pero no lo creyeron. Ellos no fueron meros espectadores imparciales, en absoluto, ciertamente estaban muy conmovidos y habían depositado grandes expectativas en ese Jesús de Nazaret. “Fue un profeta poderoso en palabras y obras ante Dios y todo el pueblo”. Pero la luz de Cristo

no les iluminaba. Eran prisioneros de las tinieblas de la última hora.

¿Qué ocurre con nosotros y con nuestro primer tramo en el camino hacia la unidad de fe de los cristianos? Por supuesto que creemos, pero ¿nos ilumina la luz de Cristo en todos los sitios donde él está?, ¿allí donde los discípulos se reúnen en su nombre y él se encuentra en medio de ellos? No se trata de menos fe, de modo que, por decirlo de algún modo, nos pongamos de acuerdo hasta en el más mínimo detalle, sino que se trata más bien de más fe viva, entusiasta, llena de amor. Pedimos SU presencia y que la podamos experimentar en todos los “cristianismos” por los que seamos acogidos.

Así pues, Jesús se acercó “caminó con ellos”. Comienza el camino en comunidad con Jesús sin reconocerlo, pues “sus ojos estaban ofuscados”. Incluso cuando él repentinamente les replicó con vehemencia: “¿No era necesario que el Mesías padeciera eso y entrara así en su gloria?”. Y de esta manera, como el Glorificado, les acompañó: en su plenitud de luz como Resucitado. Pero seguían sin reconocerlo, incluso cuando él les explicó “lo que había sobre él en todas las Escrituras”. Entonces cambiaron, comenzó la fe: no en la cabeza, sino en el corazón. Más tarde dirían: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros?”. Aún no reconocen ni comprenden, pero están inflamados. Seguro que Jesús buscaba eso, ahí radica el sentido, el significado de su explicación de las Escrituras.

¿El camino en comunidad nos llevará a la meta de la fe común, mayor cuanto más dure; nos tocará el corazón, será una cuestión que encenderá nuestros corazones? Quizá es este fuego en nosotros el punto decisivo, el momento crucial de nuestro camino. Que nos percatemos, en todo nuestro esfuerzo de comprensión de las Escrituras, de que es ÉL el que nos las explica. Y la prueba, la confirmación, será que nuestros corazones están ardiendo.

Entonces le invitan a que se quede con ellos. Sin él ya no quieren seguir viviendo. Al partir el pan “se les abrieron los ojos y le reconocieron”. ¡La luz de Cristo brilla en la celebración de la eucaristía! Hacer el camino hacia la unidad de las Iglesias en peregrinación significa, en definitiva, realizar el camino hacia el banquete común. “El hecho de que no po-

damos celebrarlo unidos es la muestra más clara de nuestra separación”, dijo en Roma la obispo Margot Kässsmann, pero “pese a todas las diferencias existe una profunda añoranza por parte de los creyentes de todas las Iglesias de poder celebrar unidos este banquete”. ¿No proviene esta añoranza de corazones encendidos?

Siendo cierto que sin la comunión plena de las Iglesias no hay tampoco “comunión eucarística mutua”, con más fuerza subraya Juan Pablo II en sus encíclicas “Ut unum sint” y “Ecclesia de Eucharistia” que “tenemos el ardiente deseo de celebrar unidos la eucaristía del Señor”. Un paso en esta dirección es el hecho de que, si bien las fronteras oficiales están claramente definidas, sin embargo según la postura de la Iglesia católica existen excepciones, casos particulares, muchos quizá, “que no se encuentran en plena comunión con la Iglesia católica, pero desean ardientemente recibir el sacramento, y por sí mismos lo solicitan y dan testimonio de la fe que la Iglesia católica profesa en este sacramento”. Siempre serán discípulos particulares, inflamados por el fuego del amor y encendidos por una creciente nostalgia, hasta que “la luz de Cristo ilumine todo”.

Nuestra peregrinación como cristianos e Iglesias hacia esa unidad, sin la que el mundo no puede creer (cf. Jn 17, 21), parece ser tremendamente larga y fatigosa, al final reconocemos al Señor en su luz, como sucedió entonces, en la tarde del día de Resurrección: “Y cuando se sentó a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo fue dando”.

Padre MICHAEL JOH. MARMANN
Movimiento Schönstatt

LUZ

UNA INTRODUCCIÓN TEOLÓGICA

Bajo la luz podemos mirar hacia el futuro llenos de esperanza. Pues los horizontes de Dios, en los que Cristo resplandece, se extienden hasta nosotros en forma de relaciones y vivencias actuales. Ellos nos sacan de los amenazantes callejones sin salida y de los atascos circulatorios.

Con su resplandeciente fuerza, la luz de Cristo pone en movimiento lo que tan a menudo parece paralizado e inalterable. Se tenderán puentes y se buscarán caminos conjuntamente. La diversidad ya no será una carga, sino que será redescubierta como riqueza de una prometida vida común. Una paralizante confrontación se transforma en una convivencia vivificante que reconcilia a los hombres y los guía unidos.

Así nos introduce Cristo en su luz, para que no permanezcamos encerrados en nosotros mismos, con nuestra desesperación y nuestra oscuridad, sino que nos libera de ellas.

Bajo su luz nos vemos a nosotros mismos y a los demás con nuevos ojos. Comprendemos que Dios nos ha llamado a un camino común para el que nos necesitamos mutuamente y en el que actuamos conjuntamente.

Allí donde brilla la luz de Cristo, las cristianas y los cristianos no pueden seguir viviendo simplemente unos al lado de los otros. Están apremiados a trabajar unidos en el Espíritu de Cristo. De esta forma, su testimonio común será una señal luminosa y un reflejo de la presencia de Dios en este mundo.

Pastor Dr. KLAUS PETER VOß,
*Responsable de las Iglesias libres
en la Central Ecuménica*

“LA LUZ DE CRISTO ILUMINA A TODOS. ESPERANZA DE RENOVACIÓN
Y UNIDAD EN EUROPA”

Un íntimo y profundo sentimiento por la fuerza extraordinaria del símbolo primitivo invade de forma inconsciente a todos los hombres. De ahí resulta, en un plano intuitivo, un fascinante poder de afirmación para nosotros los hombres, también allí donde su referencia temporal histórico-religiosa ya no es evidente. De esta forma, el hombre intenta inconscientemente una y otra vez llenar de sentido este símbolo, reinterpretarlo y actualizarlo. Desde el principio nos lo encontramos, como se ve claramente en el relato de la creación, en el acto primigenio creador de Dios: “surja la luz” (Gn 1, 3), así como en el paso que distingue la oscuridad de la luz, el día y la vida.

En toda la historia comparada de las religiones observamos desde hace milenios la antigua tradición del símbolo de la luz y del fuego, sobre todo en la forma del poder primordial del “sol”, la experiencia arcaica del retorno anual de la vida.

En la experiencia de la fe cristiana se relaciona el símbolo del “sol invictus” de forma elemental con la festividad del nacimiento de Cristo, cuyo nombre todavía se hace más claramente visible en la fiesta de la Epifanía: la fiesta de la aparición del Hijo de Dios sobre la tierra. Él dice de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8, 12). Es decir, el que le siga ya no ha de temer la oscuridad de la vida y del mundo (muerte, enfermedad, falta de libertad, pérdida de sentido, etc.), “sino que tiene la luz, y con ella la vida” (cf. Jn 8, 12), es decir, la vida en toda su plenitud. En el credo niceno-constantinopolitano del año 381, los cristianos confesamos esta plenitud del que puede decir de sí mismo “¡Yo soy la luz!”, diciendo de él que es: “Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero”. En el himno pascual del “Exsultet” expresamos específicamente con la letanía “Luz de Cristo” nuestra experiencia de fe: “Luz... signo de resurrección, presente en medio de nosotros, por la celebración pascual de la eucaristía has llegado hasta nuestros hogares, a nuestras familias, a los mayores y a los enfermos, hasta las sepultura de los que han fallecido,... signo de esperanza en la vida, en la vida eterna”.

Los Padres de la Iglesia primitiva reflejaron constantemente este redescubrimiento de la piedad pascual como núcleo de la fe. Así, Gregorio Nacianceno (+ 390) proclamaba en su predicación: “¡Que brille nuestra luz en esta fiesta! ¡Abracémonos! ¡Vivamos la resurrección en todo! ¡Perdonémonos unos a otros! ¡Ayer fui crucificado con Cristo, hoy seré glorificado con él! ¡Ayer morí con él, hoy seré resucitado con él! ¡Conozcamos nuestra dignidad!”.

Así pues, la fe es auténtica fe en Cristo cuando la identificamos totalmente con la Pascua. Creer significa vivir en la presencia de Cristo resucitado, esperar el Reino futuro del cielo ya aquí en la tierra, y vivirlo en la propia renovación, así como en la de los pueblos del mundo. En la espera del mundo futuro Cristo nos sale radiante al encuentro como “el camino, la verdad y la vida” (cf. Jn 14, 6). Es el Dios de la esperanza que nos llena con la alegría y la paz en la fe, para que tengamos una esperanza robusta e inquebrantable en la fuerza del Es-

píritu Santo (cf. Rom 15, 13). “Cristo es la luz de los pueblos”, que ilumina todo el mundo con su gloria, la cual irradia en el rostro de la Iglesia (cf. *Lumen Gentium* 1).

Dr. GEORG SCHÜTZ
*Responsable de la Conferencia Episcopal alemana
en la Central Ecu­mérica*

EL PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ALEMANA
CARDENAL KARL LEHMANN

“La luz de Cristo ilumina a todos”. Si se quisiera escribir un libro sobre la fe con imágenes de la Sagrada Escritura incluiría la imagen de la luz. Al principio figura la creación por la palabra de Dios: “Haya luz, y hubo luz” (Gn 1, 3s.). Y al final de la Escritura se dice: “Noche ya no habrá; no tienen (sus siervos) necesidad de luz de lámparas ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará” (Ap 22, 5). La “gloria de Dios” ilumina la nueva Jerusalén cuya “lámpara es el Cordero” (Ap 21, 23). A esto se puede añadir un texto paulino: “Pues el mismo Dios que dijo: ‘¡De las tinieblas brille la luz!’, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (2 Cor 4, 6). “Dios es luz, en Él no hay tiniebla alguna” (1 Jn 1, 5), esto es, al mismo tiempo, el resumen de la revelación divina en la Biblia. Se nos dice que somos “hijos de la luz” (1 Ts 5, 5), participamos “en la herencia de los santos, que están en la luz” (Col 1, 12), somos “luz en el Señor” (Ef 5, 8). Por eso hemos de vivir como “hijos de la luz”, mostrar su fruto, pues “el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad” (ibdem). Así, “La luz de Cristo ilumina a todos” es un impulso espiritual así como una esperanza y renovación sociales. Por ello, podemos y debemos ser “luz del mundo” (cf. Mt 5, 13 y Jn 8, 12) en el Espíritu de Jesucristo.

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO DE LA EKD
OBISPO WOLFGANG HUBER

La luz que cae sobre Europa, como aparece representado en el símbolo de la III Asamblea Ecu­mérica Europea, proviene de la cruz. Vemos las manchas oscuras sobre nues-

tro continente: personas sin trabajo, personas –sobre todo jóvenes– sin oportunidades de formación y sin perspectivas, violencia y pobreza crecientes.

Vosotros sois la luz del mundo, dice Jesús en el sermón de la montaña. En nuestra actuación social y política podemos dejarnos guiar por lo que la luz ha traído a nuestro mundo. Entonces nuestro mundo recibirá la claridad, quedará impregnado de respeto ante la vida, de apertura y diálogo, de responsabilidad y solidaridad.

Como cristianas y cristianos hemos sido invitados a configurar el futuro de una Europa cambiante a la luz del Evangelio, promoviendo una cultura de la paz y de la cooperación en todos los ámbitos de la vida eclesial y social. Hemos asumido esta responsabilidad en la *Charta Oecumenica*. Pero construir el futuro significa también hacer partícipes especialmente a los más jóvenes, confiarles la visión ecuménica para el futuro, y depositar en sus manos la responsabilidad de una vida en la fe y en libertad, así como el proceso conciliar por la justicia, la paz y la conservación de la creación.

EL OBISPO DE LA DIÓCESIS DE MAGDEBURG
OBISPO GERHARD FEIGE

Todo esfuerzo por la unidad y por convencer resulta meramente humano y deficiente mientras no se aspire a la unidad en la comunión con Dios y con Jesucristo en el Espíritu Santo. A este respecto, la unidad es, en primer lugar, un don divino por el que se ha de rezar. No se puede organizar “desde abajo”, ha de ser entregado “desde arriba”, y, desde luego, en los corazones dispuestos a acoger, aquellos que no se cierran a la llamada divina. Sin oración, perdón mutuo, conversión personal, servicio abnegado y amor incondicional, le faltarán los medios al compromiso ecuménico.

LA OBISPO DE LA IGLESIA LUTERANA DE HANNOVER
OBISPO MARGOT KÄSSMANN

A menudo Europa parece difusa, dividida, buscando un perfil propio, marcada por el contraste entre ricos y pobres.

En Europa muchos hombres han perdido la orientación, la conciencia de valores y bases comunes.

Sin embargo, todo esto no debe desanimarnos. Yo veo la situación como un reto. Jesucristo dijo: Yo soy la luz del mundo. Hablar juntos de esta luz en medio de la secularización puede traer una nueva esperanza a las Iglesias y más allá de ellas. El hecho de descubrir que un cristiano ortodoxo de Bulgaria, una católica de España y un luterano de Polonia comparten una misma fe, leen la misma Biblia, y pueden proclamar juntos el Padrenuestro dará un nuevo impulso a las Iglesias para comprobar que ¡es más lo que nos une que lo que nos separa! Y nosotros podemos contribuir algo a la renovación y la unidad en Europa.

EL PRESIDENTE DE ACK EN ALEMANIA
OBISPO WALTER KLAIBER

“La luz de Cristo ilumina a todos los hombres” es el lema de la III Asamblea Ecuuménica Europea de 2007. Es un buen lema. Uno se pregunta solamente ¿por qué lo recuerdan tan pocos? ¿Se han escondido, han bajado las persianas y se han quejado de la oscuridad y el frío? ¿Qué podemos hacer nosotros para que recuerden que la luz del amor de Dios, que Jesús ha traído a este mundo, me ilumina también a mí? ¿Podemos sacarlos de sus escondites y mostrarles qué clara y cálida es esa luz? ¿Podemos llevarles la luz que Cristo ha encendido dentro de nosotros para que ilumine a todos en su hogar de Europa y en este mundo? Le deseo a la Asamblea que encuentre buenas respuestas para estas preguntas.

EL METROPOLITA DE LA IGLESIA ORTODOXA GRIEGA EN ALEMANIA Y
EXARCA PARA CENTROEUROPA
METROPOLITA AUGOUSTINOS

“Haz que la luz pura de tu conocimiento divino ilumine en nuestros corazones, Señor que amas al hombre, y abre los ojos de nuestro entendimiento para que comprendamos el mensaje del Evangelio. Infunde también en nosotros el temor ante tus benditos mandamientos, para que vencamos todo

deseo carnal, tengamos un comportamiento espiritual y meditemos y hagamos todo según tu beneplácito. Porque tú eres la iluminación de nuestras almas y de nuestros cuerpos, Cristo, nuestro Dios, y a ti te glorificamos, con tu Padre eterno y tu Espíritu Santo bondadoso y vivificante. Ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén”.

(Liturgia de S. Juan Crisóstomo)

Dos veces en el transcurso del día litúrgico en la Iglesia ortodoxa es proclamada esta oración por el obispo o sacerdote celebrante. La primera vez en la celebración litúrgica de la mañana, en la que se rememora de forma especial el tiempo de la Antigua Alianza y de los profetas; y la segunda vez en la celebración eucarística (Liturgia del Crisóstomo), que recuerda la venida de Jesucristo, su última cena, su muerte y su resurrección y nos prepara para la gloria del mundo futuro.

Aquí se proclama inmediatamente antes de la lectura del Evangelio, y es equiparable a la epiclesis, la invocación del Espíritu Santo sobre los dones del pan y el vino. El don del conocimiento divino, que aquí se pide, es, por así decirlo, el sueño eterno primigenio de los hombres, antes y después de la venida de Jesucristo a nuestro mundo: la vida en la luz y en el conocimiento de Dios.

En el umbral entre la celebración litúrgica de la mañana y la liturgia divina se cita el Salmo 36, 10 en la “gran doxología”: “Pues en ti está la fuente de la vida, y tu luz nos hace ver la luz”. Sin embargo, la condición para esta vida en la luz es un “cambio de vida espiritual”.

LA OBISPO DE LA IGLESIA LUTERANA DEL NORTE DEL ELBA, SPRENGEL
HAMBURG
OBISPO MARIA JEPSEN

Y la claridad del Señor les ilumina; es lo que vivieron los pastores bajo el cielo en los campos de Belén. Nuestro cielo es la Biblia, un cielo lleno de innumerables, pequeñas y negras letras que de cuando en cuando comienzan a brillar mucho, y a iluminarnos hasta dentro del corazón. Pues es como si Dios mismo hubiera encendido las letras. Hemos caído en la luz de su verdad.

Esto es lo que crean las letras en las frases e historias de la Sagrada Escritura. Todo el que lee la Biblia sabe que no lo hace siempre ni lo hace todo igual, pero una y otra vez sorprende, y a veces sobremanera. Y nosotros hemos caído en la luz de Dios, como los pastores de entonces en los campos de Belén.

EL OBISPO DE LA IGLESIA EVANGÉLICA-LUTERANA INDEPENDIENTE
OBISPO DIETHARDT ROTH

“La ciudad no necesita ni de sol ni de luna que la alumbrén, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero” (Ap 21, 23).

El vidente Juan echa un vistazo al futuro para los cristianos, un futuro que nosotros no podemos crear, sino que viene a nosotros. Dios crea el mundo nuevo, la Jerusalén celestial. Se romperán y disolverán las representaciones terrenales. La luz terrestre ya no será necesaria. El sol y la luna ya no importan. El *kabot*, el resplandor de la gloria de Dios, que ya acompañó al antiguo pueblo de Dios día y noche, penetra e ilumina todo. Toda oscuridad es definitivamente disuelta por el Cordero santo de Dios, Jesucristo. En la disolución de este mundo participamos ya ahora de la comunión con Dios y del resplandor de la plenitud al creer en Él.

LA OBISPO DE LA IGLESIA EVANGÉLICA METODISTA
OBISPO ROSEMARIE WENNER

“Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5, 16).

Ya hay suficientes estrellas y luceros. Disponen todo para mostrarse a la luz de los focos. ¿Debemos hacer lo mismo que ellos? No. Se trata de la gloria de Dios, no de nuestro honor. La gloria de Dios será grande cuando todos los hombres puedan vivir en la luz. “Pues unos están a oscuras, y otros tienen luz”. La cita de Bertolt Brecht, de su “Ópera de tres peniques”, describe acertadamente nuestra realidad. Porque Dios ideó su mundo de otra forma. Que todos vivan en

la luz es la intención de Dios. Por eso vino a la oscuridad del mundo en Jesucristo. Las buenas obras de los seguidores y seguidoras de Jesús son la repercusión de una transformación interior: nosotros encontramos a Dios en aquellos que están a oscuras y encendemos con ellos luces de esperanza. Ya sea comprometidos trabajando en un hospicio, o en hogares de acogida, o en iniciativas para los desempleados, siempre se trata de lo que mostramos: la luz de Dios muestra su poder en los hombres que confían en Él.

EL PRESIDENTE DE LA COMUNIDAD NACIONAL DE IGLESIAS EVANGÉLICAS-LIBRES (BAUTISTAS)
PASTOR SIEGFRIED GROSSMANN

Oración

Señor, lo sabemos:

La tierra está en un estado lamentable,
ella y la vida sobre ella están amenazadas.
Nosotros, los hombres, como criaturas tuyas
hemos atentado contra tu creación.

Pero mientras tu luz ilumine la tierra,
nos das esperanza.
Y mientras tú permitas que la tierra y el cosmos
existan,
nos exiges
que asumamos la tarea
de proteger
la vida y toda tu creación.

Nos aferramos a la esperanza
de seguir tu camino también hoy,
Jesucristo.
Tú has vivido como hombre entre los hombres,
tú has realizado el camino hasta la cruz,
y las heridas que infligimos
te duelen a ti también.
Pero tú nos has salvado,
y porque tú nos has mostrado
el camino hacia el corazón paternal de Dios
engendramos esperanza.

Nos volvemos hacia tu Espíritu, oh Señor,
el artista,
que de la destrucción crea algo nuevo.
Y porque él actúa en nosotros, obramos contigo
y hallamos esperanza
siendo tus manos y tus pies.

Mientras tu luz ilumine la tierra
nos das esperanza.
Amén.

EL SECRETARIO GENERAL DE LA CVJM EN ALEMANIA
PÁRROCO DR. WOLFGANG NEUSER

“Pues el mismo Dios que dijo: ‘De las tinieblas brille la luz’, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones” (2 Cor 4, 6).

Y dijo Dios: ‘¡Que sea la luz!’. Evidentemente, esto no ha pasado una vez solamente. La luz solar posibilita ciertamente toda vida física y orgánica. Pero por sí sola, la existencia corporal del hombre no puede llamarse vida en el pleno sentido del término. La segunda vez, Dios hizo brillar la luz en Jesucristo, la luz del mundo. Jesús sufrió la oscuridad del abandono de Dios, y la negra noche de la tumba excavada en la roca no le pudo retener. Con la resurrección del Crucificado, Dios ha llevado la luz a la vida antes y después de la muerte. Y cuando la alegría de esta relación viva con Dios entra en nuestro corazón, Dios ha hecho posible la luz por tercera vez.

EL SECRETARIO GENERAL DE PAX CHRISTI EN ALEMANIA
DR. REINHARD J. VOSS

“La luz de Cristo ilumina a todos los hombres”.
Luz que penetra hasta el rincón más escondido.
“Luz de Cristo para todos los hombres”.
Nadie debe permanecer en la sombra,
recluido
olvidado
devaluado
rechazado

expulsado.
Sin Cristo y su camino rebosante de luz
no lo podemos lograr.
Que su luz ilumine nuestra oscuridad
y nos indique el camino, también hacia los prójimos
que están lejos.

LA PÁRROCO DIRECTORA DE LA AYUDA EVANGÉLICA A LAS MUJERES
EN ALEMANIA Y MIEMBRO DE LA DIRECCIÓN DEL CONSEJO DE CRIS-
TIANAS
PÁRROCO DAGMAR ALTHAUSEN

“Dios hará brillar como la luz tu justicia, y tu derecho
igual que el mediodía” (Sal 37, 6).

Ellos dijeron: ven, aquí puedes trabajar. Podrás regresar
a Rumania, junto a tu familia, cada vez que quieras.

Entonces me quitaron mis papeles y me pegaron hasta
que estuve lista para venderle mi cuerpo cada día y cada no-
che a todo hombre que él quería.

Dios hará brillar como la luz tu justicia, y tu derecho
igual que el mediodía.

Él dijo: quédate conmigo, siempre te amaré. Traeremos
el cielo a la tierra durante toda la vida.

Entonces llegaba a casa borracho cada vez con más fre-
cuencia y me tomaba siempre que quería. Después me pedía
perdón entre lágrimas y prometía que jamás volvería a pasar.

Dios hará brillar como la luz tu justicia, y tu derecho
igual que el mediodía.

Ellos dijeron: acércate a nosotros y podrás ganar dinero.
La tienda con ropa *made in China* va bien, podrás pagar la
comida y la escuela de tus hijos.

Entonces me metieron en un dormitorio con otras 20
mujeres, y nos obligaban a hacer horas extraordinarias hasta
caer rendidas. Cuando caí enferma por el calor, la fetidez y el
ruido del pabellón de la fábrica, simplemente me echaron.

Dios hará brillar como la luz tu justicia, y tu derecho igual que el mediodía.

Dios, auxilio de los que están privados de sus derechos y de los oprimidos: otorga el derecho para cada mujer que es explotada y maltratada. Eleva tu justicia para cada hermana víctima de la violencia. Entonces cantaremos y te alabaremos con júbilo: Tú haces brillar como la luz tu justicia, y tu derecho igual que el mediodía.

DIÁCONO DE LA IGLESIA APOSTÓLICA ARMENIA ORTODOXA EN ALEMANIA

DIÁCONO DR. HACIK RAFI GAZER

Caminar hacia la luz y permanecer en la luz.

A pesar de todas las dificultades que nos encontramos en el mundo, los cristianos caminamos durante nuestra vida terrena hacia el encuentro de Cristo, la luz del mundo, que ha de volver. En este camino de peregrinación común, las celebraciones litúrgicas y los encuentros con los prójimos en el día a día constituyen las Estaciones, ayudándonos a tener la certeza más entrañable. Esperamos al Señor, que convoca a las naciones en su reinado.

En esta espera entona el armenio Gregorio de Narek (950-1003):

“Cuando irrumpe la luz de tu bondad y tu gloria, que no provocan sombra alguna, los pecados se deshacen. Borradas quedan nuestras faltas, rotas están las ataduras que nos retienen, las cadenas son forzadas. Nacen de nuevo a la vida los que estaban muertos.

Entonces los golpes son curados y las heridas cicatrizan. Desaparecen todas las tristezas. Los gemidos cesan.

Huye la oscuridad,

la niebla se disipa.

Lo oscuro se evade.

La noche se aleja con premura.

Así el miedo es conjurado y desaparece la desesperación.

Porque reconocemos tu brazo todopoderoso que gobierna, tú nos has iluminado a todos”.

Otro armenio, Nerses Schnorhali (1102-1173), entona con nostalgia a la permanencia de la luz:

“Tú, fuente de mi luz, sol de justicia,
ilumina mi alma.
Tú, que fluyes de Dios, haz fluir en mi alma las palabras que
te agradan.
Unidad trina, portador de todos los seres,
¡apiádate de mí!
¡Ponte en camino, Señor, y ayuda!
Salvador de todos los seres, apresúrate a liberarme de las
ataduras del pecado.
Purifícame de la suciedad del pecado, purifícame ahora que
canto, para eso te alabo aquí, al otro lado”.

LA HERMANDAD UNITARISTA DE LOS HERRNHUTER
PÁRROCO MARTIN THEILE

Del mismo modo que Dios ordenó una vez ‘¡que haya luz!’, así ha expulsado también la oscuridad de nosotros por la claridad de su Evangelio. A través de nosotros, todos los hombres deben conocer la gloria de Dios visible en Jesucristo. Sin embargo, portamos este precioso tesoro en frágiles vasijas. De esta forma todos conocerán que la extraordinaria fuerza que actúa en nosotros proviene de Dios, y no de nosotros mismos (2 Cor 4, 6-7; esperanza para todos).

Consciente o inconscientemente, muchos hombres buscan a Dios. Experimentan que la prisa diaria por cumplir y ser reconocido no puede ser todo. Van tras algo más, tras una luz que ilumine y dé calor a sus vidas de forma permanente.

Sin embargo, la mayoría no busca ese Dios en las Iglesias, pues saben que con demasiada frecuencia las Iglesias fueron cómplices de los ricos y poderosos. Con demasiada frecuencia han mirado más por su propio bien que por el bienestar y la salvación de los hombres. Ha llegado el momento de que las Iglesias de Europa se conviertan. Ha llegado el momento de que dejen de preocuparse únicamente por su propio futuro y se preocupen por el futuro de los hombres. Ha llegado el momento de que las Iglesias aprendan a renunciar a sus seguridades y confíen en Dios. El apóstol Pablo renunció

a sus seguridades. No evitó los peligros en sus viajes misioneros. Fue perseguido, encarcelado y maltratado. Pero confiaba en Dios, y decía: si soy una frágil vasija para Dios con más claridad puede iluminar el preciado tesoro que llevo dentro.

Europa necesita Iglesias que también confíen en Dios cuando son débiles y están en minoría. Y ellas se ocupan de los hombres y no les ocultan la clara y cálida luz del gran Dios.

EL PRIOR DE LA COMUNIDAD DE TAIZÉ
PRIOR HERMANO ALOIS

“Hacéis bien en prestar atención a esa palabra, como a lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana” (2 Pe 1, 19).

Cuando en la oración miramos la luz de Cristo resucitado, la interiorizamos poco a poco, ésta mantiene abierta la entrada de nuestros corazones. Por el Espíritu Santo Cristo se impone a aquello que nos quita la paz, y los lugares oscuros son iluminados. Así aquello que es frágil puede convertirse en puerta por la que Dios entra en nuestra vida. Las espinas que nos encontramos en el camino alimentan el fuego que ilumina el sendero. Nuestro ser humano no es eliminado, sino que en Dios halla plenitud.

